

y buenos sentimientos; pues bien, no hace caso de ellos porque ahora suspira por las hadas del Rhin ó las grisetitas del bulevar ó las chulas de Sevilla. Hormiguea á sus pies un pueblo lleno de preocupaciones, de ignorancia, sin ideales dignos, un pueblo que necesita muchas ideas y no menos sentimientos. Baja la turba ociosa á oírlo, á estudiarlo, á conocer sus necesidades, á comprender como siente y piensa? Nunca. Eso sería vulgar, las sandalias se mancharían con el polvo del camino. Naturalmente que en ese pueblo que hormiguea hay centenares de asuntos poéticos, dignos de explotarse y capaces de ocupar muy noblemente, no la vida de un artista sino la de muchos. Pero los Elegidos hispano-americanos no lo comprenden así. Se divorcian con el público, se congregan en el quinto piso de una casa, se leen allí sus trabajos y allí también se consagran artistas. Hacen del arte un atributo divino y establecen relaciones sagradas entre la belleza y el hombre, como las que sostienen los cultos entre Dios y el hombre. Para ellos la Estética es una rama de la Teología, el Arte un sacerdocio que tiene cuartel propio y heráldica en la puerta. Cada artista, según ellos, es un iniciado ó un sacerdote de Lo Bello; eligen entre los más viejos ó más audaces un *Pontífice Máximo* que de una plumada, de una sonrisa consagra artista á Fulano ó á Zutano. Como dice alguien, tales artistas mantienen una idea muy falsa de su divinidad. De tal modo es cierto esto, que no hay en Hispano-América nulidad ó fracasado intelectual que no adquiriera las cómicas apariencias de un rey desterrado, que no se aisle del público y no se haga llamar elegido, que no busque á los Pontífices para que estos lo consagren. Solamente los Pontífices se hallan investidos de tal privilegio; las reputaciones que ellos sancionen serán las únicas apreciables. Cómo llegarán estas nu-